

## SERMON

DE

### NUESTRA SEÑORA DE LAS LÁGRIMAS.

(DE SÁNCHEZ SOBRINO.)

*Mihi autem absit gloriari nisi in cruce Domini nostri Jesuchristi,  
per quem mihi mundus crucifixus est, et ego mundo.*

Mas no permita Dios que yo me glorié sino en la cruz de nuestro señor Jesucristo, por el cual el mundo me es crucificado á mí, y yo al mundo.

*S. Pablo á los gálatas, c. 6. v. 14.*

Si alguna cosa hay fácil de persuadir á los mortales, es el interés de su propia gloria : formados á imágen de Dios y para gozar de Dios, aspiramos todos naturalmente á ella. Hasta aquí estamos de acuerdo; mas en órden á la verdadera gloria y los medios de conseguirla no piensan todos igualmente. Acostumbrados unos á las máximas del siglo y hechos á respirar su aire, miran como una especie de gloria incomparable todo este vano resplandor del mundo; el poder, digo, las riquezas, las magistraturas, la nobleza, los empleos honoríficos; por ellos se desvelan, por ellos suspiran, y en ellos colocan todas sus delicias. Otros, conducidos por el Espíritu de Dios, creen con el Apóstol, que un verdadero cristiano no puede hallar gloria sólida sino en la cruz de Jesucristo, y juzgan con arreglo á la moral del Evangelio, que los medios de obtener tanto bien son las lágrimas penitentes con que se expían las culpas.

El verdadero discípulo de Jesucristo busca, como san Pablo, su gloria en las tribulaciones, pues solo por medio de ellas pue-

de tener conformidad con la adorable imágen de su Redentor; condicion indispensable para ser salvos, segun el mismo Apóstol. Sí, señores, el Unigénito de Dios hecho hombre, humillado, abatido, despreciado, inalterable entre los insultos y oprobios, y obediente á su Padre celestial hasta el momento de su muerte, es el perfecto modelo que nos debemos proponer, para ser participantes de su gloria; modelo que no debemos copiar sino con el pincel de las lágrimas, porque, como afirma san Juan Climaco, si ellas no se nos comunicaran por Dios, serian muy pocos los que se salvaran.

Hasta el mismo Jesucristo, cabeza y ejemplar de los predestinados, debió segun su oráculo sujetarse á los sufrimientos y á la ignominia de la pasion, ántes de entrar en su gloria; y como, en cuanto Dios, no podia llorar, tomó nuestra naturaleza, que le proveyó suficiente caudal de lágrimas, como se explica Tertuliano, probando así ántes la hiel que los panales. María santísima asimismo, aunque libre de toda culpa y mancha, no lo estuvo de un torrente de lágrimas que inundaron su alma sobre el monte Calvario, á presencia de la pasion y muerte de su Hijo. Y hé aquí el fundamento de donde yo infiero su mayor gloria, porque juzgo en efecto, que estas lágrimas fueron gloriosas en su origen y por su objeto. Tal es la materia que me propongo ilustrar en un breve discurso digno de vuestras atenciones y de mis endeble conatos. Pidamos las luces del Espíritu santo por la poderosa intercesion de María santísima, saludándola con el ángel. *Ave María.*

Cuando afirmo que las lágrimas de María al pié de la cruz fueron gloriosas en su origen y por su objeto, no debéis mirar esta mi proposicion como una paradoja inaudita, ó un entusiasmo poético de los muchos que se profieren con deshonor del sagrado ministerio. Es por el contrario una verdad irrefragable, que conocerá fácilmente todo el que considere, que la fuente y origen de estas lágrimas es el Espíritu santo, y el objeto de ellas la adorable pasion de Jesucristo, redentor del género humano; dos reflexiones que servirán de materia para vuestra instruccion, y os descubrirán el carácter glorioso de las lágrimas de María sobre el monte Calvario.

En efecto, señores, aunque algunos de aquellos que en el

idioma de los mundanos pasan por espíritus fuertes, por una especie de afectacion estoica nos pretendan insensibles para hacernos constantes, degradándonos de la humanidad, para darnos el título de magnánimos; y aunque á este respecto afirmen que las lágrimas ceden en descrédito de un ánimo generoso y en deshonor de la constancia, sin embargo, segun la justa economía de Dios en el plan de su providencia, y atendido el lenguaje del Evangelio, son las lágrimas un signo sensible, y como un augusto sello de eleccion para la gloria verdadera. Jesucristo, sabio é infalible apreciador del mérito, llama bienaventurados á los que lloran, prometiéndoles en recompensa digna de sus lágrimas las consolaciones del Espíritu santo.

Mas para que no aprehendáis por luz las que son tinieblas, ni por gloria lo que es oprobio é ignominia, consagro esta primera reflexion á ilustrar esta máxima de nuestro Salvador, explicando cuál sea esta bienaventuranza, efecto del don de lágrimas, y haciendo patente cuáles deban reputarse oscuras, cuáles gloriosas, cuáles dimanadas del espíritu del mundo, cuáles originadas del Espíritu santo. Separemos pues ante todas cosas la ignominia de las unas del honor de las otras, distinguiendo con el Apóstol las que vienen del Espíritu de Dios, de las que proceden de nuestras pasiones. Segreguemos, para decirlo de una vez, las que se originan de la que san Pablo llama tribulacion de la carne (1) de las que resultan de tribulaciones de espíritu, segun el Sabio, para conocer mejor el mérito y el carácter de las de María.

Seria en efecto un error grosero persuadirse á que todas las lágrimas son gloriosas, ó que provienen todas del Espíritu santo. Una imaginacion, por ejemplo, tímida, como se explica un sabio, extravagante, inquieta, embarazada, es por lo comun origen de muchas lágrimas; un humor triste y melancólico, una emulacion desconfiada, aún sin tener rival; males que en lo físico ni podemos prever ni evitar; bienes que ni podemos obtener ni recobrar, son origen por lo comun de vuestro llanto, fuente de vuestras lágrimas. Cada vicio, cada pasion nos turba: una desesperacion ambiciosa que no alcanza lo que solicita; una insaciable codicia que os marchita, os devora y os consume; el descubrimiento de un artificio criminal, que os

(1) I. Cor. c. 7. v. 28.

empobrece y os deshonra; los bienes enteramente disipados por el juego ó por el lujo excesivo del vestido ó de la mesa; un favor adquirido por inicuas complacencias, que se disminuye ó que se acaba; el descubrimiento en fin de vuestras vergonzosas prostituciones, deidades de barro, idólatras de Adónis, amadores del siglo; ¿no son, os ruego, otros tantos artífices de vuestras lágrimas voluntarias? ¿No es el placer, ó insensatos y ciegos partidarios del mundo, el oro, una belleza frágil, una vil criatura, ú otro miserable objeto de esta naturaleza, lo que, perdido ó no conseguido por vosotros, fomenta las mas veces vuestros gemidos y anima vuestros suspiros? ¿Llamaré yo en esta hipótesi gloriosas vuestras lágrimas? ¿Tendrán ellas el mismo origen que las de María? ¿Podré ponerlas á cubierto de su propia ignominia? ¿Serán indicio de una eleccion que Dios hace de vosotros para su gloria futura? ¿Ó mereceréis en recompensa de ellas las dulces consolaciones que promete Jesucristo á los que lloran? Nada ménos. Inficionadas estas vuestras lágrimas desde su mismo origen, serán cubiertas de oprobio delante de Dios.

Consultando pues al Evangelio y tradicion constante de la Iglesia, solo llamo gloriosas en su origen aquellas lágrimas, que se emplean en llorar nuestras culpas y las de nuestros hermanos; gloriosas llamo aquellas con que se llora la peregrinacion de esta vida y la ausencia de la patria celestial, como los israelitas cautivos en Babilonia, cuando sentados á las márgenes de sus rios, suspiraban oprimidos con la memoria de Sion: gloriosas finalmente llamo aquellas que tienen por motivo sobrenatural á un Dios ofendido; y estas mismas son las que nacen de superior impulso del Espíritu santo, cuyo amor y caridad las produce en nuestros corazones.

De estas lágrimas habla el Nazianzeno, cuando exclama: ¡ó feliz diluvio, ó lágrimas dichosas! que eleváis á un alma penitente, aún estando próxima á caer en el abismo: de estas habla el Crisóstomo, cuando dice: nada es mas gozoso que estas lágrimas; ellas son mas alegres que la mayor risa, y los que las vierten, conocen su admirable suavidad: de estas habló san Agustin, cuando dijo, que son mas dulces las lágrimas de los que oran, que el gozo de los teatros: de ellas habla el Crisólogo, cuando exclama: ¡ó felices lágrimas de los pecadores! que

regando el cielo, humedecen la tierra y apagan el infierno : de ellas hablan Basilio, llamándolas seminario del gozo y aumento de la gloria : de ellas dice el Justiniano : ó humildes lágrimas! vuestra es la potencia, vuestro el reino; vosotras no teméis el tribunal del Juez, no hay quien os impida acercaros á Dios; entráis solas, mas no volvéis vacías. Qué mas? vencéis al Invencible, ligáis al Omnipotente, inclináis al Hijo de la Virgen, abris las puertas del cielo y ahuyentáis al demonio; de estas habla la Doctrina cristiana, cuando copiando el oráculo de Jesucristo, llama bienaventurados á los que lloran. Estos son finalmente aquellos gemidos inenarrables con que segun el Apóstol, interpela por nosotros el Espíritu santo, haciéndonos gemir y llorar, como san Agustín se explica.

Tal es, señores, la verdadera idea que debemos concebir de las que llamo lágrimas gloriosas y bienaventuradas; tal es su origen excelente, y el carácter singular que las distingue. Segun estos principios, ¿será temeridad afirmar, que las lágrimas de María dimanaron del Espíritu santo? ¿Negaremos á nuestra augusta Madre un don concedido á tantos justos? El don precioso de lágrimas, este privilegio singular, unido íntimamente con las consolaciones del Espíritu santo, esta voz de la naturaleza muda y sin mas articulacion que la que le comunica la gracia; pero que siempre es oída de Dios, ¿tendrá en María inferior lugar á aquel, de donde en todo tiempo han dimanado las lágrimas de los demas santos? ¿Qué, osaremos negar á la madre del Omnipotente lo que es forzoso conceder á Job en la pérdida de su familia y bienes, á Tobías en medio de su afliccion, á Jacob, al ver ensangrentada la túnica de su hijo, á Judit en las calamidades públicas de su pueblo, á Raquel en la muerte de sus hijos, á la piadosa Ana en el oprobio de su esterilidad, á Jeremías finalmente en la infelicidad de Israel?

Si dimanaron todas estas de Dios, ¿carecerian las de María de tan alto origen? Atendida la justa economía del Señor, que en la distribucion de sus gracias sabe mezclar las lágrimas con los gozos y las aflicciones con las glorias, y que se dignó preferir á María á todos los demas justos, atendido su augusto carácter de madre y heredera del Crucificado, no pudo negarle aquel torrente de lágrimas que pedia con instancia el profeta, para llorar las calamidades públicas de su pueblo. Con esta gloriosa

fuente de lágrimas debia regar el Espíritu santo aquel huerto cerrado, obra de sus mismas manos, como habia prometido por boca del Eclesiástico (1). De este mismo origen y manantial en fin debian salir los gemidos de aquella viuda, cuyas lágrimas, segun la Escritura, regando sus mejillas, se elevaron hasta el cielo. Gloriosas pues debieron ser estas lágrimas dimanadas de tan alto origen, siendo uno mismo el espíritu que las causaba y exaltaba, que las humillaba y elevaba, que las animaba y aceptaba.

Ni deben reputarse ménos gloriosas por su objeto que por su origen, pues si es este el Espíritu de Dios, aquel es la adorable pasion de Jesucristo, que respecto de María no fué ménos gloriosa que dolorosa. Es verdad que Dios en la tragedia augusta del Calvario puso presentes á María sin intermision sus lágrimas, como David se explica; es constante que se las dió á beber hasta embriagarla, como dice el mismo; es innegable que todos los profetas nos la presentan, ya como una ciudad desamparada y viuda en la muerte de sus hijos, ya como desolada y oprimida todo el dia de tristeza, ya como una mujer verdaderamente fuerte, que corre apresurada al desierto, no tanto al olor de los unguentos, como al de las penas de su Hijo; ya en fin como una madre afligida, á cuyos ojos ha desfallecido su luz, que busca y no halla con quien dividir sus aflicciones, ni quien la consuele sobre la tierra, porque su consolador se ha retirado mucho en cumplimiento de sus divinos oráculos. Es verdad que los Padres y Doctores de la Iglesia nos la proponen triste, afligida y compasiva á presencia de un Dios-Hombre desfalleciente, sin especie ni hermosura, conculcado y despreciado, reputado entre inicuos, cubierto de ignominias, herido y humillado por Dios, hecho una vasta llaga y semejante al pelicano del desierto; es verdad que al ver esta dura situacion de su Dueño y hacedor, la alimentaba aquel pan de lágrimas que en otro tiempo á David, regando con ellas sus vestidos y la tierra : es verdad, segun la tradicion constante de los Padres, que estas sus preciosas lágrimas recibian aumento, cuando consideraba sobre este horrible monstruo del pecado, que debiendo su origen al príncipe del infierno, deberá su consumacion al jefe de

(1) *Eccli. c. 24. v. 42.*

los réprobos; este misterio de iniquidad, que obrándose de día en día, se extiende á manera de torrente impetuoso por todas las generaciones. Pero es igualmente cierto que la verdadera gloria de un alma justa sobre la tierra son las dulces consolaciones del Espíritu santo, que no podemos negar á María en estas circunstancias, porque atendida la voluntad de nuestro soberano Legislador, anunciada á los mortales por san Pablo, María no ménos que nosotros debió gloriarse en la cruz de Jesucristo. Es asimismo indubitable que María, madre y heredera del Crucificado y de su Espíritu, debió tolerar gozosa su cruz: esto es, sus aflicciones, como de Jesucristo afirma el Apóstol. Ni es ménos cierto que los apóstoles, segun consta de sus mismas Actas, iban llenos de gozo por haber sido hallados dignos de sufrir oprobios en nombre de Jesucristo, y que san Pablo se gloriaba en todas sus enfermedades y tribulaciones (1).

Mas para qué nos detenemos? ¿Es imposible observar el precepto de gloriarse en la cruz del Salvador, como de algunos otros pretenden los impíos? ¿Ó por ventura no comprendió á María, que no podia ignorar la voluntad de su Hijo en esta parte, y que debió ser la primera en acreditar con su ejemplo la observancia de las leyes? ¿Le faltaria acaso un ánimo generoso y pronto, ó los auxilios necesarios para conformarse con la adorable imágen de su Hijo; condicion sin la cual no seremos predestinados, segun el Apóstol? Léjos de aquí, calumnias groseras; no pretendáis oscurecer las glorias de María sobre el Calvario.

Pero mostremos ya con alguna individualidad los motivos poderosos de gloriarse, que se presentaban al espíritu de María en el conflicto de sus lágrimas. ¿No veía elevado sobre el Calvario aquel estandarte glorioso, bajo el cual debian algun día alistarse todos los reyes y pueblos de la tierra? ¿No veía cumplidas las promesas del cielo, desaparecidas las sombras, pasado el tiempo de las figuras, evacuadas las profecías, el deseo de los patriarcas satisfecho, venida la plenitud del tiempo? ¿No veía la ley antigua abrogada, abolidas sus ceremonias y sacrificios, profanos ya sus sacramentos y festividades, deshecha la sinagoga, y el templo antiguo abandonado? ¿No veía, como se ex-

(1) Rom. c. 5. v. 3. II. Cor. c. 12. v. 9.

plica un orador de nuestro siglo, la ley de gracia establecida, el nuevo testamento ya sellado, quitado el velo á las Escrituras, subrogado el evangelio á la ley de Moises, un nuevo orden de cosas, un orden mas sublime, mas recomendable, mas santo, una oblacion mas pura y mas preciosa, un pueblo mas fiel, sacramentos mas eficaces, templos mas augustos, ceremonias mas loables, leyes mas perfectas, gracias mas abundantes? ¿No veía que Jesucristo habia conquistado enteramente su reino, que habia recibido un golpe mortal la idolatría, que estaba confundida la sabiduría de los filósofos, destruídos los oráculos, vencidos los demonios, reconciliado el cielo con la tierra, satisfecha la justicia del Padre, vengada su gloria, concluída la mision de su Hijo, y conquistada por esto la gloria del Redentor? ¿No veía los gloriosos triunfos de la Fe por el ministerio de los apóstoles, la constancia y trofeos de los mártires, la piedad y amor de los confesores, y la pureza finalmente de las vírgenes? Motivos todos de tanto gozo, objetos de tanta gloria, que no pudieron ser suprimidos en el corazon de María durante la tragedia del Calvario que los producía. Es pues constante, señores, que las lágrimas de María no fueron ménos gloriosas por su adorable objeto que por su origen.

Aprendéd vosotros á llorar y á gloriaros en la cruz de Jesucristo, si queréis recibir algun dia las dulces consolaciones del Espíritu santo. Rociad vuestro pan y vuestro lecho con lágrimas, esta dichosa agua, este bautismo de penitencia, como un Padre se explica. La pasion de Jesucristo, las ofensas de un Dios sumamente bueno, la pérdida de su gracia, la ruína de vuestra alma ó la de vuestros hermanos, son solamente objetos dignos de vuestros suspiros, y los que únicamente pueden hacer gloriosas vuestras lágrimas. Llorad pues ahora, os diré con el Crisólogo, cuando se regocijan los impíos, á fin de alegraros, cuando empiecen ellos un eterno llanto. Llorad ahora, repito con san Macario, ántes que entrando en la eternidad, despedacen á vuestros cuerpos vuestras mismas lágrimas.

Vos, augusta y soberana Madre, que en medio de vuestra mayor afliccion mirabais como gloria vuestra, y con una tierna complacencia y gozo espiritual, la reparacion de nuestras almas y las humildes lágrimas de los penitentes, no miréis ahora con desden nuestros turbados corazones. Por vuestra intercesion pedimos á Dios humillados y contritos un precioso don de

lágrimas para expiación de nuestras culpas. Indignos somos de tanto beneficio; pero sois madre nuestra, madre de misericordia, madre de clemencia, nuestro asilo y refugio, dulce esperanza nuestra: á vos clamamos, á vos suspiramos en este valle de lágrimas: mostrádnos despues de este destierro á Jesus vuestro Hijo, que vive y reina con el Padre y el Espíritu santo por todos los siglos de los siglos. Amen.

## SERMON

DE

NUESTRA SEÑORA DE LA MERCED.

(DE SÁNCHEZ SOBRINO.)

*Sanctimonia et magnificentia in sanctificatione ejus.*

La santidad y la magnificencia brillan en su santuario.

*Salmo 95. v. 6.*

Con estas pomposas expresiones celebra el Espíritu santo, por boca de David, la grandeza y magnificencia del templo de Jerusalem. Salomon tuvo la gloria de ejecutar los piadosos designios de su padre en la construccion de este templo, admiracion del universo, honor del pueblo de Dios y consuelo de los verdaderos israelitas. Aquí con la magnificencia brillaba la santidad; la majestad que residia en él como en propiciatorio, no solo infundia respeto á los levitas, sino á las naciones incircuncisas, admirando todos su santidad y su esplendor: *sanctimonia et magnificentia in sanctificatione ejus.*

¿ Con qué palabras pues mas á propósito podria yo ensayar el elogio de nuestra Señora de las Mercedes? La santidad y la magnificencia que sirvieron de cuna á su venerable orden, la han aereditado en todo tiempo á honra y gloria de Dios y beneficio de sus prójimos. La Madre de misericordia, que desde la alteza de su gloria se dignó arrojar una mirada favorable sobre los miserables cautivos que gemian entre cadenas, formó el gran proyecto de su libertad: personas de eminente ciencia y piedad fueron elegidas por primicias de la redencion: reyes